

REVISTA DEL ATENEO

JEREZ DE LA FRONTERA



EXPOSICIÓN
PROVINCIAL
OBRAERA
JEREZ ABRIL 1925



Gonzalez, Byass y C.^a Ltd.

Jerez de la Frontera.

VINOS DE JEREZ Y OPORTO



Manzanillas de Sanlúcar



COÑAC JEREZANO



Agua de Abisinia Luque

FAMOSO TINTE INSTANTÁNEO

NO CONTIENE NITRATO DE PLATA

LABORATORIO LUKOL.-JEREZ

Mackenzie & C.^o L.^o

JEREZ DE LA FRONTERA



VINOS FINOS Y BRANDY

Casa en Villa Nova de Gaya (Oporto)

Y EN

20 Eastcheap. Londres.

Conde de Morphy

Exportador de Vinos y Coñacs

JEREZ DE LA FRONTERA

ESPAÑA



*Se desean representantes
en la Peninsula y Extranjero.*





LECHE CONDENSADA

MARCA

LA LECHERA

La única que reemplaza ventajosamente a la leche fresca en la alimentación de los niños y en los usos domésticos.

Folletos gratis a quien lo solicite de la Sociedad Nestlé, A. E. P. A. Gran Vía Layetana, 41.-Barcelona, o de su Delegación en Sevilla, Cardinal Spínola, 1.



Literatura Mondo

la sola arta literatura monaia esperanta revuo.

Rekomendata de la XVI^a Universala Kongreso de Esperanto.

Eldonita de: Hungara Esperanto.—Instituto Budapest, VI Eötvös-u 3.

Chiu grupo kaj literaturamanto nepre helpu la gazeton per abono kaj disvatigo!

Kunlaborantoj la plej konataj esperantaj verkistoj el chiuuj landoj.



REVISTA DEL ATENEEO

REDACCIÓN:

DUQUE DE ALMODÓVAR, 8.

TELÉFONO 362.

- Esta Revista es gratuita -

para los Socios del Ateneo.

Toda la correspondencia al Sr. Secretario en la redacción. No se devuelven los originales.

Suscripción: Un año 5 ptas.

Número suelto: 50 céntos.

INDICE Y SUMARIO

Páginas

El mes pasado.	200
Un viandante, por Azorin	212
Cuadro de apuntes y datos estadísticos.	213
El caso de Currinchi, por José M.ª Pemán	214
En el puerto, por Antonio Chacón Ferral (An-Cha-Fé)	218
La Exposición Provincial Obrera en Jerez de la Frontera	219
Notas, resúmenes, apuntes, referencias. (De un discurso de Lloyd George.-La intoleran-	

Páginas

cia callejera.—Rivalidad mercantil.— Biblioteca municipal)	220
Esperanto (Notas de un esperantista)	223
Antiguos y modernos	224
Vida económica (¿Por qué llamarle Sherry?, por Victoriano Romero.—Cuartillas postales, por Serafín Ocón.—El problema de riego.—Cooperativa Jerezana.—Cooperativa de Caulina)	228
El libro del mes	234

EL MES PASADO

DEMOS a este artículo sin importancia el aspecto y hasta el infimo valor de una especie de maraña de temas variados, como si fuera de serpentinadas del pasado Carnaval.

Durante el mes último hemos tenido a la vista trabajos y proyectos de organización, ya en camino de ser interesantes realidades, concernientes a la Exposición de ganados, que próximamente se habrá de inaugurar. Nos fué dado saborear durante una hora en el Paraninfo del Instituto, la conferencia del doctor Tolosa, que nos proporcionó el placer, raro en los pueblos, del deleite intelectual. Se han ofrecido a nuestra consideración dos Concursos, uno de carteles anunciadores y otro de diplomas para premios de la Exposición Provincial Obrera, que planeada por el Ateneo Jerezano, está obteniendo el auxilio económico más importante y lo que no vale menos, o sea la asistencia y simpatía de muchas fuerzas sociales de Jerez y de la provincia gaditana en general. Y hemos tenido en fin durante el

pasado mes de febrero, el Carnaval desapacible que nos ha tocado en suerte, y a propósito del cual ya ha pasado de moda, por fortuna, el prurito de escribir comentarios entusiastas, melancólicos o satíricos, algunas veces de tedio y otras de condenación, pues se ha convenido en que «está llamado a desaparecer», según suele decirse siempre, pero a sabiendas, sin embargo, de que tal desaparición, nunca o difícilmente ha de ocurrir.

• • •

Digamos a pesar de todo, algo, pero brevemente, acerca del Carnaval.

Algún autor muy inteligente, siquiera sea de estos que tienen la inteligencia agriada y el ingenio como encurtido en vinagre o vinillo peleón, ha escrito años atrás que durante los carnavales, encuentra la gente saludable oxigenar a la intemperie su inevitable estupidez, a través de cualquier disfraz, a lo cual agregaba que hay personas que no resignándose a pasar todo el año por respetables y serias, aprovechan esos días para el

lucimiento y el derroche de su caudal de necesidad.

¿Necesitaríamos decir aquí que estas apreciaciones tan escuetas y rotundas, expresadas a rajatabla y en términos absolutos, nos parecen y nos tienen que parecer de una injusta y deplorable incompreensión?

Que sea difícil evitar la grosería y que en todas las cosas y en cualquier sitio predomine la vulgaridad, es un hecho que no puede negarse; pero cabe admitir a la vez—y no por ser menos frecuente dejaría también de ser verdad—, que a la fiesta de los disfraces, cada cual lleva el que tiene, para revelar a través de él y sin quizás advertirlo, lo que acaso sea su verdadera personalidad. Esa revelación consistirá para unos en el cambio de sexo, para otros en la grosería disimulada durante todo el año, por el comedimiento que imponga la situación social que se tenga en la común vida civil, y para muchos efectivamente se mostrará en la manifestación sin cortapisa, a favor del disimulo de un disfraz, de natural estupidez. Pero tampoco faltan las máscaras discretas que se divierten sinceramente con la espontánea alegría, siempre simpática y lícita—además de indispensable para algún amoroso ardid—, de buen humor placentero o sencillamente para embeleo estrepitoso de la lozana juventud. En tales casos, hay que ser de temple harto incómodo para no dejar de sonreír, aunque sea por evitarnos, entre los síntomas de la caducidad senil, el que consiste en vituperar a la vivacidad infantil como vicio, lo que es ya imposibilidad triste y malsana en la vejez.

Que es quizá la causa principal de la censura biliosa que dedicaba a los carnavales y a las máscaras, el indicado escritor.



De la Exposición de Ganados no es poco, y desde luego es bueno, lo que se puede ya decir.

A nuestro parecer es ante todo, una prueba significativa y agradable, aunque sin duda lenta, de la renovación progresiva y perfeccionadora de las costumbres de Jerez.

Atribuíase no ha muchos años a los labradores y ganaderos, no ya jerezanos, sino andaluces en general, el mayor oprobio posible de rutinas y perezas mentales, la más obtusa incapacidad de organización, las peores codicias y socialinas de avarientos... Pero hoy ya los vemos dando la cara a sus obligaciones sociales, o por lo menos en posición de darse cuenta de que son ineludibles, ya sea por haberles obligado a pensar en ello su lucha con la clase obrera, o porque con ocasión de tal combate, y al advertir que estaban casi en trance de sucumbir a la asociación de los adversarios, ha empezado a germinar en sus cabezas el pensamiento de los valores colectivos, que es el único fecundo y salvador.

Uno de ellos evidentemente es el de la Exposición de ganados, que de llegar al punto de lucimiento y enseñanza que es dado esperar, supone habilidad en la política de auxilios pecuniarios que para esta clase de iniciativas es indispensable obtener, personalidades de actividad y buenas aptitudes que dediquen su energía a proyectos de un interés general, y el espectáculo que al fin y al cabo ofrecen a los obreros sus antiguos patronos, trabajando tanto como ellos y más, en un proyecto de infinitas dificultades y de complicación nada vulgar.

Tal vez pueda decirse, sin que se incurra por eso en simplicidades candorosas de una inmediata reconciliación social, que el enaltecimiento que labradores y ganaderos alcanzan con esos afanes, para el crédito de sus actividades, sea un elemento de comprensión recíproca y de conveniente estimación; pues si el obrero advierte en el patrono preocupaciones de carácter colectivo y no olvida que a las peculiares suyas debe las ventajas que ha ido obteniendo él, un día puede llegar en que estudien juntos las que a todos son comunes y respecto de las cuales en definitiva, igualmente les interesa que se obtengan acomodados en que haya tanto o más que inteligencia, sencilla buena fe. Y lo más bueno sería que patronos y obreros viniesen a parar en que cultivando unos

y otros su espíritu de asociación, descubriesen maravillados que formaban una tan sola, después de creer en tanto tiempo de odios que eran incompatibles, y que la guerra habría de ser constante y feroz entre las dos.



Conferencia del Dr. Tolosa.

En la vida civil y en la tribuna de los intereses profanos, muy pocas veces llega a ser como él quisiera, buen conferenciante y artista persuasivo, el orador religioso.

Suele éste discutir por lo común consigo mismo, o sea proponiéndose las dificultades y problemas como estima que es mejor, para resolverlo todo y en definitiva dominarlo, conforme a los principios y el sentimiento de su fe.

Al orador profano, por el contrario, no le es dado muchas veces plantearse las dificultades con mayor o menor habilidad, pues antes bien sucede que estas surgen de las fluentes y vivas realidades examinadas, que tienen su razón de ser y su resorte de verdadero progreso, en el principio de contradicción; y al surgir así los obstáculos, si el orador o conferenciante no tiene genial talento para dominarlos, le devorarán a él como las fieras a todo torpe o cobarde domador.

El Dr. Tolosa tuvo la valentía precisamente de tratar de los problemas sociales, y nada hay que decir de su técnica oratoria que es perfecta, ni de la probidad doctrinal con que a todos hubo de maravillarnos. Agilidad verbal extraordinaria, seguridad de elocución insuperable... Como se trata de un hombre de verdadero talento, sería irrespetuoso y hasta injusto decirle que nos pareció tener tan sólo la perfección mecánica de una pianola oratoria ideal... Eso no sería justo y además podría no ser verdad.

Lo que sucedió fué que a sus oyentes hubo de parecerles una verdadera desgracia, no llegarle a oír en el examen erudito y sagaz que hubiera hecho, de haber dispuesto de tiempo para ello, — ya que no ha de ofrecernos duda su cabal preparación —, de un tema concreto cualquiera, donde un problema particu-

lar de las relaciones sociales entre el capital y el trabajo hubiese sido analizado, discutido y pasado por el tamiz de las condiciones experimentales, en la realidad menuda y vulgar.

Habría sido entonces su sorprendente proeza oratoria menos deslumbradora, pero más instructiva para nosotros, desde el punto de vista de la eficacia general. Y se quedarán o no sus oyentes con esas ganas, lo que ciertamente por ellas mismas se avivó más, fué el deseo muy afectuoso de volverle a oír.



La Exposición Obrera: los concursos.

Del primero de esos dos asuntos ya verá el lector en nota aparte una explicación sucinta y adecuada del significado que tiene para el Ateneo Jerezano o del valor social que le atribuye, y que nadie, una vez que añada a su buen juicio algunos gramos de honesta intención, podrá desconocer. Y a lo allí dicho, nada que sea más claro, sencillo y pertinente, se podrá agregar aquí. En cuanto a los concursos, baste saber que tanto en el de carteles anunciadores como en el de diplomas para premios, ha triunfado, según acuerdo imparcial en cada caso del Jurado que así lo decidió —por cierto con aplauso muy merecido y general—, un jerezano de mucho mérito y talento, don José Martínez Quintanilla, de quien puede ya afirmarse que es un verdadero artista en feliz sazón de ideas, de gusto y fecundidad.

En la cubierta de este número de la REVISTA DEL ATENEO aparece el fotograbado del cartel anunciador de la Exposición, que ha obtenido el premio.

Los jerezanos envejecidos y sin entusiasmos, si estiman y comprenden bien los méritos innegables de ese cartel, podrán ya empezar a secarse los lagrimones de su pesimismo de mala fe, sobre todo si alcanzan la moralidad del lema que para su trabajo ha empleado el señor Martínez Quintanilla: —*Encumbrando su escudo*—; que es lo que los malévolos y perezosos nunca quisieron hacer, ni por ellos mismos ni por la población que decían amar.

UN VIANDANTE

En esta hora del crepúsculo está sentado en pleno campo, y delante de una venta, un viandante. Por la puerta de la venta pasa un camino. El viandante es de rostro aguileño, cabello castaño y frente lisa y desembarazada. Sus ojos son alegres y su nariz es corva, aunque bien proporcionada. Grandes bigotes ensombrecen la boca. Si se levantara, le veríamos ligeramente cargado de espaldas. Pesan sobre el viandante muchos trabajos. Todo el verano ha estado corriendo por los campos y visitando los cortijos. Se ve forzado a tratar con gente ruda; se ve rodeado de un ambiente espiritual que no es el suyo. Existe un profundo desequilibrio entre su sensibilidad y la atmósfera espiritual en que se mueve. Ha publicado este viandante algunos libros; en una de las más grandes batallas de la Historia se ha portado heroicamente y ha quedado con una mano lisiada. Y ahora entre gente zafia, de venta en venta y de pueblo en pueblo, él se siente íntimamente contristado. Cuando nos sentimos superiores a las cosas que nos rodean y la necesidad nos mantiene ligados a esas cosas, poco a poco nuestro espíritu se va concentrando en un ideal íntimo. Nos conformamos, sí, con la realidad; aceptamos la vida tal como se presenta. La bondad lo es todo en el mundo, y la bondad puede mostrarse, desbordando de nuestro corazón, en todos los momentos y en todos los lugares. Pero esta conformidad tiene su desquite en el ensueño interior. Sí; el mundo es amargo para nosotros. Ya a nuestra edad nos despedimos de la esperanza; el mundo no será ya otro para nosotros; si habíamos esperado un azar

dichoso, el azar, el caso, la fortuna, la fortuna impensada, no vienen. Dejamos el mundo material y creamos para nosotros, sólo para nosotros, otro mundo fantástico. En ese ideal que nosotros solos guardamos, se reconcentra toda nuestra vida. Sin ese asidero imaginario—imaginario y salvador—nuestro espíritu se hundiría en el abismo. Y podremos trafagar por los pueblos y por las ventas, como este viandante; podremos tratar con gente ruda; podremos sufrir adversidades; pero allá en lo íntimo de nuestro ser se eleva para nosotros sólo un mundo que todos los días, en nuestras meditaciones, vamos purificando y hermooseando. Las sugerencias de los libros importan mucho; pero en vano serían las sugerencias de los libros, leídos acá y allá, si no se llevara en el ánimo este desequilibrio de que hablamos. Las lecturas no hacen más que ayudar a la gestación de la obra. Las lecturas son simplemente la piedra aguzadera del ensueño.

En el interior de la venta se oyen gritos y ruidos de golpes. El viandante se levanta y entra en la casa. Un caballero riñe con el dueño del mesón. Alto, escuálido, huesudo, semeja el caballero una figura de pasadas centurias. Nadie entiende la fabla arcaica con que habla. La pendencia ha sido por querer amparar el caballero a un menesteroso a quien el ventero intentaba arrojar de la casa. Cuando ha entrado en el zaguán el viandante, todos han callado; había en la mirada de este hombre un dulce imperio. El ventero se reporta; está enhiesto el caballero de la figura triste, con los brazos tendidos en ademán de amparo al menesteroso; contempla éste

ya al caballero, ya al viandante que acaba de entrar. Y cuando el señor de la prestancia antigua ha declarado el caso en peregrinas razones, el viandante ha sonreído levemente—con sonrisa de inefable bondad—se ha acercado a él y le ha estrechado contra su pecho. El ensueño interior del viandante—¡oh maravillosa ironía!—se concretaba, fue-

ra, en el mundo, en la persona de un loco.»

AZORÍN (1).

(1) (De su último libro *Una hora de España* que en la redacción de esta REVISTA se ha recibido, con dedicación de su autor. Agradecida y estimada cordialmente ésta, y leído aquél con el respeto y simpatía que se merece por su arte, nuestro contento y gratitud quedan colmados, mediante la inserción del capítulo que antecede, verdadera obra maestra por la emoción insuperable, la finura del lenguaje y el estilo, siempre tan personal y felizmente insinuante de fervor patriótico, donde acaso y a través de la serena transparencia, hay una lágrima...).

Cuadro de notas y apuntes estadísticos.

TEMPERATURA

Máxima	19'6
Mínima	1'8
Media	9'55

DEMOGRAFÍA

DISTRITO DE SAN MIGUEL

Matrimonios	13
Defunciones	55
Nacimientos	107
(Varones, 64; hembras, 43.)	

DISTRITO DE SANTIAGO

Matrimonios	13
Defunciones	55
Nacimientos	67
(Varones, 35; hembras, 32.)	

TOTALES

Matrimonios	26
Defunciones	110
Nacimientos	174
(Varones, 99; hembras, 75.)	

Clasificadas las defunciones por edades, resulta:

Menos de 1 año, 14; de 1 a 4, 10; de 5 a 19, 8; de 20 a 39, 15; de 40 a 59, 17; de 60 en adelante, 46.

Las PRINCIPALES causas de defunción, han sido:

Atrepsia	6
Bronquitis capilar	2
Bronconeumonía	12
Cáncer	4

Congestión, embolia y hemorragia cerebral

16

Eclampsia

3

Edema pulmonar

2

Enfermedades del corazón

19

Fiebre puerperal

2

Gripe

2

Gastro-enteritis

3

Heridas por armas de fuego

2

Meningitis

6

Neumonía

3

Senectud

9

Tuberculosis laríngea

2

Tuberculosis pulmonar

4

Otras causas

13

Total 110

AYUNTAMIENTO

Ingresos en Febrero	Ptas. 453.235'52
Pagos en idem	» 491.072'31

HACIENDA

Impuesto de derechos reales y transmisión de bienes; recaudación total del mes de

Febrero	Ptas. 53.366'19
-------------------	-----------------

CORREOS

CAJA POSTAL

Febrero	20.623'10
-------------------	-----------

GIRO POSTAL

Ingresado en Febrero	190.812'67
Satisfecho	100.329'15

EL CASO DE CURRINCHI

Don Crisóstomo echó un sonoro chorrito de agua de Seltz en su *vermouth* y prosiguió: Sí, convénzase, en todo hombre hay dos vidas: una vida de verdad y otra vida de papel. Ante Dios no vale más que la verdad; ante los hombres, no vale más que el papel. Un hombre sin cédula, no es un hombre para la sociedad. Nadie está casado, nadie es bueno, nadie ha contado, ni dicho ni prometido nada si no consta en un papel sellado. Yo he visto sufrir a un hombre grandes contrariedades porque no encontraba su partida de nacimiento: en toda oficina donde iba a pedir algo, le exigían ese fatídico papel para convencerse de que aquel hombre que les estaba hablando había nacido. Él mismo llegó a dudar de si habría nacido efectivamente.

Y lo peor es que muchas veces nuestra vida de papel llega a producir una sugestión sobre nuestra vida verdadera. ¿No conoce usted el caso del *Currinchi*? Es rigurosamente histórico.

El *Currinchi* vendía pescado en la plaza de Abastos y era el muchacho más honrado y bueno que imaginarse puede. Pero, llegó una ocasión, en que el Celador del Mercado recibió órdenes apremiantes de la Superioridad, para perseguir las faltas de peso en las ventas, y demás inmoralidades en perjuicio del consumidor. Parece que los consumidores andaban revueltos con la cuestión de las subsistencias. Era necesario, pues, procesar a alguien.

Y un día el Celador llamó a *Currinchi*, y le dijo: Hombre, *Currinchi*, lo siento; pero he repesado un papelón de sardinas que una señora había compra-

do en tu puesto, y le faltan unos gramos...

—Será que se le habrá caído una sardina por la calle, yo le daré otra...

—Es una insignificancia; equivale a siete céntimos. Pero, ya ves tú; yo, tal como andan las cosas, tengo que dar parte...

—Pero, hombre...

Antes de acabar, el Celador, con ceremoniosa caligrafía, había escrito un papel. Aquello no era nada; él lo sabía. Sin embargo, visto en el papel parecía algo; porque el papel estaba escrito ceremoniosamente sólo por un lado, lo cual causa siempre cierta impresión solemne; además en el lado en blanco había un sello en tinta morada; además, en él se decía con gravedad: «tengo el honor de poner en conocimiento de V. E. para los efectos consiguientes» y se terminaba «Dios guarde a V. E. muchos años.» Claro que se trataba únicamente de una sardina; pero nadie puede librarse a la sugestión de cosa seria, que produce un oficio, escrito desperdiciando tres cuartas partes del papel.

Esto se recibió en el Juzgado, en una mesa, donde había un señor con gafas, limpiando una boquilla. Este dijo al recibirlo: Hombre, un parte contra *Currinchi*... ¡Phs! no tiene importancia; una sardina que se le habrá caído a la señora... Y le dió la tramitación correspondiente.

Pero ocurre que, según nuestro Código, todo engaño es una estafa, sin atender a la cuantía. *Currinchi* dió tantos gramos menos; engañó; luego cometió estafa. No importaba que monta-

ra sólo siete céntimos; el Código no distingue: era estafa...

Y *Currinchi* fué procesado por estafa. El juez al tomarle declaración, comentó: Parece buen hombre este *Currinchi*; y esto no es nada; pero el Código no distingue. Y acto seguido, dijo al secretario: ponga usted un auto, como todos los de estos días, por las cuestiones de subsistencias.

Y el secretario escribió tres largos pliegos, que eran una elegante serie de gerundios encadenados: *Considerando* esto, *resultando* aquello; todo lo cual venía a parar en que aquello de la sardina podía constituir una estafa. La cosa ya empezaba a tener más entidad: porque no cabe duda que ese estilo forense, cuya elegancia consiste en encerrarlo todo en un largo gerundio que ha de leerse sin respirar, causa cierto sobrecogimiento respetuoso en todo ciudadano sumiso.

Luego, a ese papel, empezaron a coser otros muchos. Declaraciones, providencias, exhortos. Porque *Currinchi* era de un pueblo de Málaga, y hubo que pedir sus antecedentes por medio de un papel impreso que decía: «En nombre de S. M. el Rey (q. D. g.) le exhorto y mando, y en el mío particular le pido y encargo.» Aquella intervención de Su Majestad Católica en la persecución de la sardina, empezaba ya a rodearlo todo de un ambiente definitivamente serio.

La prueba es que en el Juzgado del pueblecito de Málaga, al recibir el exhorto otro señor de gafas que estaba en otra mesa limpiando otra boquilla, dijo maliciosamente: Hombre, *Currinchi*... ¿qué habrá hecho *Currinchi*?

Y así llegó el asunto a la Audiencia. *Currinchi* era insolvente. Bien claro lo demostraba sus codos raidos, y sus alpargatas por donde se le salían los dedos de los pies. Apesar de esto el Juzgado había preguntado al Catastro si

poseía bienes inmuebles y a Hacienda si pagaba contribución. Ambos respondieron que no. Y entonces el Juzgado afirmó que era insolvente.

Currinchi, por lo tanto, no podía pagar un abogado, e iba a ser defendido por el de turno de oficio. Llegó a la Audiencia, pues, el día del juicio... del juicio oral, se entiende. Temeroso, ante la impresión de hallarse en el Palacio de Justicia, se dirigió a un ujier, y éste lo llevó al saloncillo del Colegio de Abogados, ante don Rafael Pozo, el abogado que llevaba el turno de todos los compañeros.

Como hacía calor éste estaba en mangas de camisa, si bien, para respeto y autoridad conservaba puesto el birrete. Estaba tomando su café con churros, que le traían todos los días de la tienda vecina, y hablando, a la par, con un compañero sobre combinaciones y permutas de magistrados y fiscales. Los escalafones son siempre un agradable tema de conversación.

—A su disposición, dijo tímidamente el *Currinchi*. Pero el señor Pozo, sin oírle, continuaba, con la boca llena de churros. Créamelo. Si a don Modesto se lo llevan a Córdoba; irá a la Sala segunda don Pepito, permutando con don Braulio.

—A su disposición—repitió el *Currinchi*.

—¡Ah! ¿es usted?—preguntó el abogado, y luego, pasando la vista por unos papeles, añadió:—¿Es usted el de las siete puñaladas de la calle de la Paz?

—¡No, por Dios!—contestó horrorizado el pescadero—Soy *Currinchi*.

—¡Ah! ¡*Currinchi*!—exclamó el abogado con gesto de decepción, al ver que no era el de las puñaladas—¿Trae usted algo?...

—Ya usted ve, uno es pobre. En fin, usted descuide que yo no olvidaré sus

servicios. Lo único que sí podré es enviarle del puesto un róbalo hermoso.

—No: me gustan más las lisas. Pero, en fin, lo de siempre; total, nada. Y el de las puñaladas, ese no comparece. Lo de siempre...

—Yo—prosiguió el *Currinchi*, gimo-teando—lo que quiero es que me saque usted en bien. Ya ve usted: uno es inocente; una sardina... siete céntimos...

—Sí, sí, bueno...—y en seguida, volviéndose al otro, continuó:—Pues, como le decía, si trasladasen a don Modesto, acuérdesse, don Pepito va a la Sala segunda...

El *Currinchi*, se retiró decepcionado. Poco después el ujier del bastón, gritó: ¡Sala primera: juicio oral!... Y el *Currinchi* fué a sentarse al banquillo. Sintió un estremecimiento al contacto de la madera: y él, que se sabía inocente y honrado, bajó los ojos al suelo. Los únicos que suelen avergonzarse son los que no tienen de qué.

Luego entró el señor Pozo, de toga y birrete, con el Código debajo del brazo. Saludó al presidente, afectuosamente: Hola, don Modesto... ¡qué calor!

Y don Modesto: A ver si no nos tiene usted hoy mucho tiempo aquí, hombre...

El juicio se deslizó en un ambiente de somnolencia. Todos,—el ujier, el presidente, el fiscal—repetían las fórmulas sacramentales, con el desgano de la rutina cotidiana. Iban ya veinte juicios de subsistencias...

Al fin las partes informaron brevemente. El fiscal, medio dormitando, citó algunas sentencias del Supremo. Mientras tanto los magistrados escribían, sin hacerle caso, con gesto aburrido. Luego el señor Pozo habló unos minutos. Para mantener su prestigio, con el público que asistía tras la barra, dijo alguna frase de relumbrón. Invocó la balanza de la justicia, al invocarla levantó airosa-

mente una mano en cuyos dedos relucía aún el aceite de los churros...

Por fin, el ujier dijo imperativamente: Despejen... y terminó el juicio. *Currinchi* salió del Palacio de la Justicia. Era mediodía. Hacía un calor sofocante. Al salir *Currinchi*, un grupo de vagos que estaba a la puerta, comentó: Mira: ese debe ser el de las siete puñaladas de la calle de la Paz; porque hoy se veía el juicio...

Currinchi se encogió de hombros, bajó los ojos, y siguió. No tenía alientos ya ni para defenderse. Además no le hubieran creído...

Los otros, al verle marchar cabizbajo, se quedaron mirando, y añadieron: Sí, míralo, ese es...

A los pocos días recibió el testimonio de la sentencia. Estaba absuelto. La sentencia con el mismo estilo de gerundios encadenados afirmaba que bien pudiera ser que a la señora se le hubiera caído una sardina por la calle.—Claro está—comentó lacónicamente *Currinchi*.

Vuelvo a repetir que es rigurosamente histórico este caso, para que no se asombren ustedes. Pasó tiempo: *Currinchi* creía que el tiempo borraría la mala atmósfera que a su alrededor formara el proceso. Pero fué al revés. Con el tiempo lo que se fué olvidando fué que la causa de todo fué una sardina y en cambio la gente decía: Ese estuvo procesado... estuvo en el banquillo...

—¿Por qué?—preguntaban algunos—No sé: por una estafa...—contestaban otros.

Poco a poco, todo esto llegó a constituir una verdadera idea fija, que obsesionaba al pobre hombre. Creía que todos le miraban, que todos se daban con el codo al verle. Y, como si dudase ya de sí mismo, procuraba ocultarse y bajar los ojos. Se hizo huraño, solitario y mal

acondicionado. La gente comentaba:—¿Lo ves? Huye, se esconde... Estuvo en el banquillo.

Una vez tuvo que comparecer como testigo ante la justicia, y entonces, ante el público, le preguntaron:—¿Ha sido usted procesado alguna vez?—Y *Currinchi* tuvo que responder que sí... Pero no le preguntaban si había sido por una sardina.

Otra vez pretendió obtener un cargo en la directiva del gremio de pescadores. Le convenía para su negocio. Pero no pudo ser porque el reglamento exigía para ocupar los cargos: *no haber estado procesado*, y no preveía el caso de que fuera por una sardina.

Al fin, *Currinchi* acabó por estar anodado bajo la sugestión de aquella sardina fatal que interceptaba todos sus caminos. Se enamoró perdidamente de una muchacha. Entró en relaciones; pero un día, de pronto, el padre de ella hizo que rompieran. Se había enterado que se trataba de un hombre que había estado en el banquillo...

Desde entonces *Currinchi* se sintió aplastado y vencido. Ya no luchaba, ni se defendía; se entregaba a la fatalidad; dudaba de sí mismo, y lo peor era que no tenía contra quien protestar: todo había sido lógico, inevitable, legal... Todos habían cumplido con su deber...

Al fin, un día, sigilosamente, un com-

pañero de mala fama, *el Rasca*, vino a proponerle un negocio feo sobre cierta cuestión de abastecimiento de pescado a una Compañía Marítima. El *Currinchi* le escuchó sin indignación. El *Rasca*, se entusiasmaba explicando lo bien trazado del plan. Era seguro, y no podía descubrirse: no quedaría rastro ninguno en el papel...

Al *Currinchi* se le iluminaron los ojos. En el papel no quedará rastro ¿verdad? A ver, entonces, sigue, sigue...

Y el *Currinchi*, cada vez más interesado, iba escuchando el plan del *Rasca*. Y el plan del *Rasca* iba entrando en él, suavemente, con facilidad, como algo a que, sin saberlo, estaba ya aclimatado de antemano. Después de un rato se dieron un abrazo. Al fin, el *Currinchi* verdad, como por una sugestión irresistible, empezaba a acomodarse a aquel otro *Currinchi* de papel sellado que corría, de lengua en lengua, entre la gente...

Al terminar don Crisóstomo su relato todos sentíamos sobre nosotros un peso abrumador. Nos parecía haber presenciado el desarrollo de una tragedia griega, en que la fuerza sugestionadora del *anarke*, el sino, va trayendo, poco a poco, la catástrofe. Para orear el espíritu, don Crisóstomo volvió a echar un chorrito de agua de Seltz en su *vermouth*.

JOSÉ M.^a PEMÁN.

Manuel Fernández y C.^a, S. L.

JEREZ DE LA FRONTERA

- Coñacs.-Vinos selectos -

Amontillado "VICTORIA"

- - - - Jerez Quina - - - -

EN EL PUERTO

Estas naves atadas al malecón del puerto,
cual un gajo sombrío de monstruosa hiedra,
pegándose a los muros de este humano trájín,
como la verdadera al bardal de un jardín,
me traen al pensamiento una rara semblanza;
Estas naves que duermen en la calma bonanza
del refugio del puerto,
son al mundo terreno, gigantesca cabeza,
lo que son las ideas de ruindad o grandeza,
al cráneo del humano, del hábil o inexperto.
Unas veces se lanzan con lógica en sus rutas
y otras veces garrean en las playas polutas
de arenisca y de barro...

¡Oh, Destino! Yo quiero que la nave que amarro
al puerto de mi mente,
nunca salga a los mares que hay detrás de mi frente,
llevando en sus bodegas cargamento de escoria;
capitanes piratas o soldados sin gloria.
Quiero que sea el balandro que va por la bahía,
llevando como carga juventud y alegría;
o un bergantín romántico donde un aventurero
va buscando el peligro, sin armas ni dinero;
o la nave de un príncipe que hastiado de grandeza,
se engolfa en el estudio de la Naturaleza.
Mas si, por no ir «en lastre», toma una vez siquiera
un rico cargamento de materia grosera,
le pido al misterioso ángel de mi destino,
que ponga mil escollos al largo del camino,
para que nunca, nunca, con el casco manchado,
puedan verlo en la calma de algún puerto amarrado.

ANTONIO CHACÓN FERRAL

(An-Cha-Fé.)

Buenos Aires - Octubre - 1924.

La Exposición Provincial Obrera, en Jerez de la Frontera

HA de ser esta Exposición un hermoso escaparate, digno de albergar cuantas clases de trabajos ejecuten los obreros de la Provincia y no han de esforzarse éstos en presentar objetos, cuya construcción difiera de los que hagan a diario, por creerlos de mayor mérito o novedad, sino que muy al contrario, deben buscar el éxito de sus esfuerzos y por consecuencia el de la Exposición, en el perfeccionamiento de la labor cotidiana.

Consisten las aspiraciones de la Junta organizadora, en conseguir que se presente un conjunto de trabajos, cuya sola vista proporcione una idea clara y precisa del nivel industrial de nuestra Provincia, manifestada por la diversidad de clases y buena factura de los objetos manipulados por sus obreros.

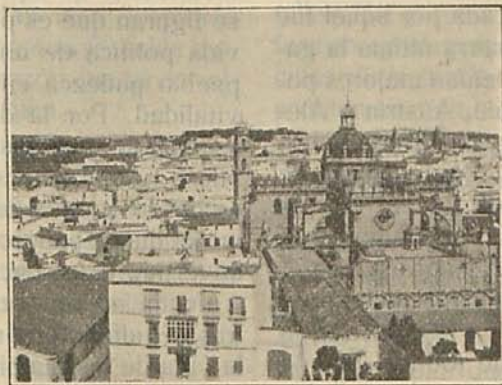
Hoy que la vida es eminentemente práctica y se juzga de lo que cada cual es por sus hechos y no por sus dichos, esta clase de Concurso es de un interés grandísimo para el progreso de la Provincia, porque ha de dar en él fe el obrero de su suficiencia con la muestra que presenta y ha de sentir el patrono el íntimo gozo del deber cumplido al ver que con el nombre del obrero que lo manipulara va también escrito el del taller donde se fabricó; y esta tarjeta que acompañará a cada objeto expuesto, será fiel portavoz de una mutua conve-

nencia, al declarar que a la habilidad en la ejecución del obrero va unido el acierto del patrono en la elección de sus operarios.

Este fin social de apoyo mutuo indispensable para el perfeccionamiento y bondad del trabajo, ha de tener transcendentes consecuencias, si en el ánimo de todos domina el deseo de hacer Patria, para lo cual es preciso que todos y cada uno profesemos un gran cariño al trabajo, que todos y cada uno apoyemos a los que trabajan y que en conjunto busquemos y encontremos en la alianza mutua ese estímulo indispensable, para que las obras que se ejecuten vayan acompañadas por el máximo de perfección y sean dignas de la cultura que por necesidad debemos poseer.

He aquí, en pocas palabras, expresados los deseos del Comité organizador de esta Exposición, que se reducen a que cuando llegue el 20 de Marzo, que será el día en que se empiece a recibir los trabajos, hasta el 10 de Abril fecha en que expirará el plazo de admisión, y sean los presen-

tados en tal número, que el local con lo grande que es, nos resulte insuficiente; que de estos trabajos la mayoría sean prácticos, es decir, objetos corrientes pero perfeccionados en su manufactura, y que cada uno de ellos sea el resultado de la labor hecha por un obrero, cuyo patrono le hubiese facilitado los medios.



Vista parcial de la población, tomada desde la Alameda Fortún de Torres.

NOTAS - RESÚMENES - APUNTES - REFERENCIAS

DE UN DISCURSO DE LLOYD GEORGE

Los periódicos y Revistas de gustos más finos y de mejor orientación intelectual, así nacionales como extranjeros, no han dejado de mencionar un hecho interesante y reciente de la política inglesa. Bien considerado su contenido, que nada tiene que ver con las diferencias de apreciación que a los españoles nos separan, más bien servirá para ilustrar nuestros conceptos que para aumentar las confusiones; y en tal inteligencia, y con ese único propósito, no será impertinente dejarlo registrado en alguna página de nuestra REVISTA

Se trata de un discurso pronunciado por Lloyd George en la ciudad de Hull. La declaración explicada por aquél fué la que sigue: — La guerra última la ganaron los países que tenían mejores políticos. «Rusia, Turquía, Austria y Alemania no tenían, según afirmó, políticos. Alemania estuvo regida durante la guerra por políticos de tercera clase.» Y a esto agregó: — «En los tiempos antiguos de ejércitos mercenarios, los generales tenían mayor importancia; pero en la última guerra, en que la nación era el Ejército, en que todo el mundo estaba en el Ejército haciendo algo, los políticos importaban más... Los políticos tienen el hábito de manejar hombres en multitud. Alemania no tenía ninguno.»

En el desarrollo de este parecer y al ilustrarlo Lloyd George con su ingenio habitual y con sus frases certeras, hubo de pronunciar las siguientes: — «El arma más formidable de la guerra no son los grandes cañones, sino el «sursum corda...» «Alemania se rindió abyectamen-

te, incondicionalmente, cuando se hallaban sus soldados en territorio conquistado, mientras que los aliados se encontraban lejos del Rin, a muchas millas. ¿Habría acontecido semejante cosa si Alemania hubiera tenido un Chatham, un Gambetta, un Clemenceau? No. Pero fué el caso que no tenían los alemanes más que hombres de segunda o tercera clase, que no sabían cómo hablar a la nación. Todo el que piense mal de los políticos no tiene más que recordar que son los pueblos que tienen políticos los que resisten hasta el fin.»

De memorables califica alguna publicación española estas palabras, al comentarlas. «Las sometemos, dice, a la meditación de aquellos españoles que se figuran que es posible acabar con la vida política de un pueblo, sin que el pueblo padezca en algo esencial a su vitalidad. Por la discusión política se asocian los pueblos a los negocios públicos, y por sentirse asociados a ellos es por lo que los defienden con heroísmo el día de peligro. Quienes no hayan advertido esta concatenación de causa a efecto, no conocen ni las primeras letras del alfabeto con que se representa la vida de los pueblos.»

«No tratamos, concluye diciendo esa publicación española, de defender a nuestros políticos antiguos... Les faltaba lo que llama Mr. Lloyd George el «sursum corda...» Hace ya muchos años que no conocíamos políticos que poseyeran el arte de elevar los corazones, ni que supieran hablar a la nación... No se hablaba más que a los amigos. Teníamos, pues, políticos que no eran tales políticos, sino personalidades pri-

vadas, a las que se les concedía, a falta de verdaderos políticos, el gobierno del país. Pero ¿qué duda cabe de que Mr. Lloyd George tiene razón, y de que lo primero y fundamental para un país es que haya alguien que sepa hablarle, alguien cuyas palabras tengan el poder de moverlo? Las circunstancias presentes pasarán; pero no habremos adelantado nada si no surgen figuras que tengan, como tuvieron los hombres de hace cuarenta años, el poder de hablar a la nación.»

LA INTOLERANCIA CALLEJERA

LAS dos manifestaciones se entrecruzan a la vuelta de una esquina.

La primera está formada por curas, seminaristas, hijas de María, militares retirados, hermanitas de los pobres, mayordomos, pertigueros, etc. Estos manifestantes entonan con inspirado acento una canción en que se habla mucho del Sagrado Corazón que ha de salvar a Francia. Muy bien.

La segunda manifestación está compuesta de diputados y concejales revolucionarios, de ciudadanos «conscientes y organizados», de jóvenes combatientes socialistas, de antiguos mandones de la *Commune*, de excelentes damas rojas, de mayordomos y pertigueros de la Social, etc. Perfectamente.

Pero ambos grupos se estorban en la calle estrecha.

Entonces, uno de los jefes de la manifestación de los «sotanas» se adelanta hacia un delegado de los «curicidas», diciéndole:

—Los unos y los otros hemos llegado aquí en manifestación de nuestras ideas respectivas y respetables.

—Ciertamente... Y además nos expo-

nemos a «embotellarnos» y a padecer una lamentable cacofonía, puesto que no cantamos el mismo himno.

—Mejor sería que nos pusiésemos de acuerdo. Por parte de ustedes ¿sobre cuántos vienen?

—Diez mil, próximamente.

—Que sea enhorabuena. Nosotros no somos más que cinco mil... Pasen ustedes antes, caballeros.

He ahí como debían ocurrir las cosas en un país, cuya divisa es: Libertad, Igualdad y Fraternidad.

Pero no sabemos ser libres de igual manera que no acertamos a ser hermanos e iguales. No admitimos ni la opinión, ni el himno, ni la bandera del vecino. Y para demostrarle que está en un error, lo mejor que se nos ocurre hacer es romperle las quijadas...

Hay pueblos que no se jactan perpetuamente de estar a la cabeza de la civilización y que sin embargo no transforman en sangrientas trifurcas las sencillas divergencias de opiniones sobre problemas políticos o filosóficos.

En ellos la libertad no es una palabra vana, esculpida o pintada sobre las puertas de los edificios oficiales, sino que existe realmente, y en la calle, que es de todos, cualquiera puede cantar el himno que le agrade mientras va andando tras un pedazo de percalina, de cualquier color que sea.

En cuanto a la policía, lejos de dispersar a los manifestantes, los reúne y los escolta, andando ella también al compás del himno que se canta y de la música que suena.

Nosotros no hemos llegado a tanto... La libertad y muchas otras cosas más, las hemos inventado, pero inmediatamente no nos ha dado la gana de servirnos de ellas.

Rivalidad mercantil

De Ford a Citroen.--

De Citroen a Ford.

(Historias)

HE aquí la que en contra de la marca de automóviles Citroen, ha hecho circular en el mundo mercantil, la marca Ford:

«Una mañana el señor Citroen recibió carta de un niño en que le refería éste que era muy bueno y que estudiaba sus lecciones a la perfección, agregando que preparaba sus exámenes y que en vista de que era tan aplicado, su papá le había dado dinero que había echado en su alcancía; pero que deseando adquirir algo con esos ahorros, se le había antojado comprar un Citroen, por haber oído decir que eran coches muy bonitos, muy lujosos y más prácticos que todos los demás. Y el resultado había sido romper su hucha que contenía ya tres pesetas cincuenta céntimos, deseando saber si, por ese precio, podía adquirir un auto.»

Al señor Citroen interesó mucho esta carta, y se dijo:—¡Verdaderamente es conmovedor este chico! ¡Cuidado que imaginarse que podría comprar un auto por tres pesetas cincuenta céntimos!... Es adorable... Pues bien: estoy decidido a tener un rasgo afectuoso... Le voy a dar un auto por esa cantidad, ya que no ha podido reunir más dinero el pobrecillo.

A la mañana siguiente, el chico que ha recibido la respuesta del señor Citroen, llega a la fábrica. El eminente fabricante ha decidido que escoja un auto a su gusto entre los diferentes modelos. El muchacho los examina, y ante los 5 H. P., los 10 H. P., etc., reflexiona, vacila, guarda silencio, y como no se decide a escoger vuelve otra vez a revisarlos con idéntico resultado negativo. Y, por último, dice:

—Después de todo... más vale que no... Sí, señor; es preferible que me

devuelva usted mis tres pesetas cincuenta céntimos.»

☺ ☺ ☺

Para vengarse Citroen, ha dado a conocer esta otra historia a propósito de Ford:

«Un día un americano decide prescindir de su Ford y publica en un gran periódico este anuncio: «Auto Ford nuevo, apenas usado, último modelo, se vende en 100 dólares.»

Pasa una semana sin respuesta y el americano se figura que ha fijado un precio excesivo. Segundo anuncio: «Auto Ford nuevo, etc., se vende en 5 dólares.»

Pasa otra semana. Nadie contesta. El americano quiere a todo trance desprenderse de su auto. Último anuncio entonces: «Auto Ford nuevo, etc., etc., se entregara gratuitamente a quien primero se presente a recibirlo el lunes próximo, a las 4 de la tarde, en Broadway.»

El lunes siguiente conduce su coche al punto señalado en el último anuncio. Pero he aquí que cuando llega a aquel sitio ve que hay en el una gran aglomeración de coches. Pregunta inquieto cuál es la causa de esta animación extraordinaria...

Era que habían sido llevados a Broadway 150 autos Ford, cuyos respectivos propietarios deseaban abandonarlos en el mismo lugar y por igual procedimiento que él, el suyo.»

Biblioteca Municipal

Obras consultadas durante el mes de Febrero:

Lectores concurrentes: 318

Ciencias morales y metafísicas	25
Id. matemáticas, físicas y nats.	20
Id. históricas	21
Artes bellas y útiles.	12
Buenas Letras	24
Misceláneas	16

TOTAL. 118

ESPERANTO

Notoj de esperantisto.

LA 14^{an} Majo venonta malfermighos en Paris gravan internarian konferencon teknikan pri Esperanto en Komercio. Ghi estas la dua; ĉar la unua okazis en Venecio dum 1923^a kaj grupigis la Komunan aprobon de 200 komercaj ĉambroj, foiroj kaj ekonomiaj organizajhoj al la uzo de Esperanto por faciligi la rektan trafikon inter diversaj nacioj.

La trezoréstro de la grava Pariza korporacio, estas la konata industriisto André Baudet, unu el la plej viglaj kaj spertaj gvidantoj de la Ĉambro kaj Foiro de Paris kies aŭtoritateco en ekonomiaj sferoj kreskas ĉintage.

Lau lia propono la komerca Ĉambro de Paris kaj la Komitato de la Foiro decidis patroni oficiale kaj subvencii la konferencon okazonta en Majo.

Ghin organizas la societo «Esperanto et Commerce» kies prezidanto estas tre agema kaj energia industrikto Dro Nuyts, kiu antaŭ nelonge lernis Esperanton, kaj ghin disvastigas en komercaj rondoj kun granda konvinko.

Sekretario estas Sro Marcel Dény, 21 rue de l'Arc de Triomphe, Paris 17, kiu donos ĉiujn informojn.

Notas de un esperantista.

EL próximo venidero 14 de Mayo se celebrará en Paris una importante conferencia técnica internacional sobre el Esperanto.

Es la segunda; porque la primera se celebró en Venecia en 1923 y agrupó la aprobación común de 200 Cámaras de Comercio, ferias y organizaciones económicas al uso del Esperanto para facilitar el tráfico directo entre las diversas naciones.

El tesorero de la importante corporación parisiña, es el conocido industrial André Baudet uno de los más activos y expertos guías de la Cámara de Comercio y Feria de Paris, y cuya autoridad en las esferas económicas crece cada día.

A su propuesta la Cámara de Comercio y el Comité de la Feria de Paris, han decidido patrocinar oficialmente y subvencionar la Conferencia que se celebrará en Mayo.

La organiza la sociedad «Esperanto et Commerce» cuyo presidente es el enérgico y emprendedor industrial Doctor Nuyts, que aprendió Esperanto hace poco tiempo, y lo propaga hoy en los Círculos Comerciales con gran convicción.

El Secretario es el señor Marcel Dény, 21 rue de l'Arc de Triomphe, Paris 17, quien dará toda clase de informes.

LUIS G. GORDON Y DOZ. - JEREZ Y COÑAC

ANTIGUOS Y MODERNOS

Sermón extraordinario.

HA llegado para todos los católicos la época del año en que más frecuentes son los sermones. Una de las maneras que tiene esta REVISTA DEL ATENEO de relacionar el asunto de sus páginas con la actualidad que en el lector y en su vida social o en sus creencias, susciten más su interés, consistirá sin duda en ilustrarlo con adecuada información documental. ¿Se trata ahora del mes en que más interesan los sermones? Pues únicamente entonces con el indicado interés informativo y sin necesidad de que se afirme, pues sería necio negar tal evidencia, que se guardan aquí los respetos que se deben a la verdadera oratoria religiosa, nos parece hoy de amena curiosidad referirnos a algún ejemplar imaginario por su humorismo extravagante en cierto sentido intelectual y píntoresco.

De esa oratoria dará un modelo curiosísimo el libro de Vautel *Mon curé chez les riches*.

Se trata del cura Pellegrin, que recién llegado de las trincheras a su curato, es un hombre de piedad verdadera y sacerdote irreprochable. Lo que hay en él de extraordinario es que está acostumbrado a emplear en el púlpito de la iglesia de su aldea el vocabulario popular, que ahora se ha «enriquecido» con las frases más detonantes de sus excompañeros militares. Por circunstancias especiales que en el libro de Vautel se refieren, es el caso

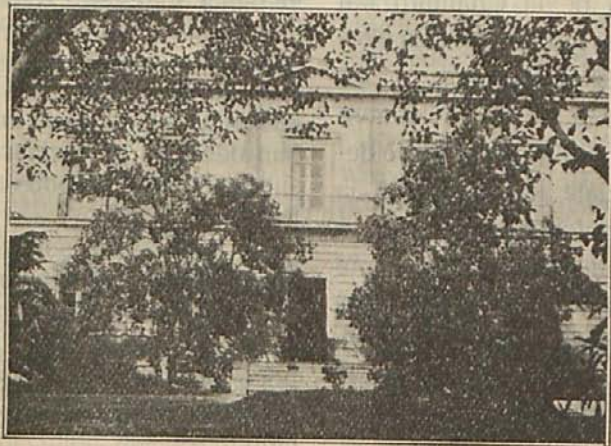
que este cura tan rústico y de ingenuidad tan simpática, es invitado a predicar en la catedral por su Eminencia el Cardenal-arzobispo. El buen cura, a la presencia de éste, de los señores canónigos y de las gentes más distinguidas de la populosa capital, que en la mañana de este sermón memorable llenan las naves del templo magnífico, se propone emplear el lenguaje más comedido, pero una vez que está en el púlpito se desvanecen todo su propósito de finura, que es sustituido por el estilo más «patatero» y hasta más insolente que es posible imaginar.

Y entonces...

Había anunciado al Cardenal, que le escuchó paternalmente en la sacristía algunos minutos antes de la misa, que se limitaría sencillamente a comentar el Evangelio del día. Y una vez que llegó el instante de comenzar el

sermón, habló de los dos hombres que entraron en el templo para orar, de los cuales uno era fariseo y otro publicano, recitando lentamente y recalcando mucho las palabras de la hermosísima parábola, para, después de una pausa, preguntar bruscamente y con su tono de voz más fuerte y campesino:

«¿Cuántos hay entre nosotros, sin exceptuar a nadie, que no se parezcan al fariseo? ¿Cuántos de los que aquí están, no se habrán arrojado en esta iglesia para decirse que Dios estaría contento de ellos, porque no eran como los demás hombres, que son ladrones, injustos y adúlteros? En todo caso, habrán



Fachada principal de Villa Elena, donde se instalan la Exposición Provincial Obrera y la Sección Industrial.

agregado: si yo robo, es muy poquito, y para ser además como todo el mundo; si soy injusto, no es por mi culpa, sino por hacerme justicia a mí mismo y salir del paso negándosela a los demás; y si engaño a mi mujer—o a mi marido—, es por casualidad y procurando que nadie lo sepa. Pero aparte de estas cosillas, la verdad es que vivo honradamente, que obedezco a la ley religiosa cuando no me incomoda demasiado, y con tanto más motivo cuánto más miedo tengo a ir a asarme en las llamas del infierno; y obedezco a la ley humana, cuando no hay otro remedio, y porque me da un cierto reparillo de que me persigan los civiles... Yo pago al Estado las contribuciones; pago a Dios cuanto le debo de misas, rezos y genuflexiones, claro está que sobre el asiento muy blando de una silla. Y además, de vez en cuando, les doy unas perrillas a los pobres. ¿Se puede pedir más? ¿Son muchos los que hacen otro tanto? ¿No perteneceré yo a la milicia de las gentes cabales ni a la tropa de los buenos cristianos? ¡Eso, eso, todo eso, es lo único que sabéis decir, mancha de fariseos que todos sois! Y os creéis mejores que el publicano que se arrincona en el fondo de la iglesia, que no tiene silla donde está grabado su nombre, que acaso no ha venido al templo en muchos años; pero que arrodillándose en sus losas, sin temor a que se le arruguen los pliegues del pantalón, le dice a Dios que no se enfade, que tenga piedad de él, que ya sabe que no siempre anduvo muy derecho... ¿Y creéis vosotros que sois los buenos, los justos, los mimaditos de Dios, y que el publicano se quedará con tanto así de narices, el día en que se distribuyan las recompensas celestiales?... ¡Pues están ustedes frescos, mis muy queridos hermanos!... Me parece, me parece que se están ustedes como chupando un poquito el dedo y que lo más... lo más... que ustedes saquen será un... rábano, el día del valle de Josafat!...

Estas palabras, pronunciadas con voz ruda, agitaron a los señores que en los bancos de preferencia alineaban sus rostros de magistrados, de notarios, de opulentos comerciantes o de funcionarios jubilados. Las devotas, que al pie del púlpito, dirigían hacia el predicador sus ojos casi en blanco, presentaban sus semblantes trastornados, cambiando entre sí

algunas de ellas varias frases con seguridad nada benévolas para este cura tan porro, cuyo lenguaje no se parecía en nada al untuoso de los señores canónigos y mucho menos al estilo académico del Cardenal-arzobispo, que no parecía, sin embargo, haberse escandalizado.

Por su parte, este predicador extraordinario y cura ingenuo, continuó hablando contra los fariseos modernos, en los términos siguientes:

«¡Cómo te conozco devoto egoísta! Para tí viene a ser Dios una especie de empleado mandón que se encarga de velar por tus intereses, de preservarte de todo accidente, de procurar a tu hijo una muchacha que tenga perras, de proporcionarte los medios de formar aquí abajo una buena pacotilla, mientras llega el instante en que vayas a empinar el codo allá arriba y a la mesa donde los elegidos beben el mosto divino en vasos de plata sobredorada... Te has fabricado, para tu uso particular, un Dios inofensivo y servilón que te cuesta menos que tu criada... Y no le hablas más que de tí, ni te diriges a él más que para pedirle siempre algo, y cuando no apoquinar, cuando te manda a paseo, o sencillamente, cuando deja que andes de cabeza y bailes en un pie, tú te cargas de estereras y vas y te atreves a decirle:

—«Vamos, Dios mío, que eso no es portarse... ¿No voy yo a misa todos los domingos y hasta iría al jubileo, si a la misma hora no hubiera cine?...» ¡Cuidado que sois frescos!... Pero es que también te conozco a tí, hombre que tienes el corazón de cemento armado y te imaginas que Dios es un guardia con obligación de defender tu caja de caudales... Quieres convertirlo en un amigo y protector de los ricos; en un Dios muy bien inclinado, lector asiduo de tu periódico conservador, y que, aunque está en todas partes, tan sólo se sienta en el Congreso y en el Senado, en el centro y a la derecha. Ese Dios que llamas tuyo, no tiene las grandes barbas con que le vemos en los cuadros, sino que lleva patillas y recuerda a los antiguos economistas que años atrás defendían, con sus buenas ideas, los intereses de los grandes Bancos y de la industria poderosa. Y en tu interior has llegado a persuadirte de que si su Hijo ha muerto en la Cruz ha sido para salvar, no tan sólo

tu alma sino también y sobre todo tus dividendos... Los apóstoles y los mártires, los has puesto también entre los defensores de tu «gato»; y crees que para que tú goces en paz de los bienes de la tierra, mientras llega el momento de que te atraques de los del cielo, se ha fundado la Iglesia, y que de todas las virtudes que ella recomienda, la resignación es la más necesaria y la más bonita, porque así nada tendrás que temer de aquellos que la practican... ¡Ah, ya lo creo que tú amas a Dios solamente por los servicios que te haga!... Verdad que no tienes grandes vicios, pero tampoco virtudes grandes. Todo en tí es por lo mediano, en todas las cosas prefieres el justo medio y has llegado a creer que la verdad es esa... Pero todo en tí es tibio y a Dios le horrorizan los que lo sean, puesto que él ama a los arrojados, a los que se dan a Él sin pensar en la cuenta que les tenga y sin calcular que siendo así, son unos vivos... Y por eso prefirió el pobre publicano al fariseo, que nunca se le ocurrió como a éste mirarse al espejo para ver si le había brotado una aureola sobre el pelo y alrededor de la olla... ¿Quieres oírme y que te lo diga todo?... Pues ven acá que tendrás que oírme:—Al verdadero Dios le repugnan, como le disgustan y repugnan todos los hipócritas, todos los egoístas, todos los malos ricos y todos los cochambrosos. ¡Con que ya lo estáis oyendo!..»

Los caballeros sentados en los bancos miraban al predicador con ojos espantados, y hasta aire de indignación. Uno de ellos, muy flaco, que era el abogado más importante de la ciudad, se inclinó hacia su vecino, antiguo intendente militar, y le dijo al oído unas palabras que éste aprobó con enérgicas cabezadas. Los rostros alineados en los otros sitios, expresaban la sorpresa, la cólera y la confusión, pero también había alguno que revelaba aprobación y alegría: entre ellos el de un canónigo muy obeso que parecía encantado y que no disimulaba cuánto le divertían ciertas frases del predicador desenfundado, que continuó diciendo:

—«Y vosotras, hermanas mías, a quienes distingo desde aquí con el rostro empavesado por tres colores: azul alrededor de los elisos, y para que brillen más los «zacays», blanco en las mejillas y rojo en el pico; vosotras,

hermanas mías, que estáis aquí, pensando menos en agradar a Dios que en gustar a los hombres ¿creéis que no seréis abatidas, mientras que la pobre infeliz, mujer o amante del publicano será salvada?... Esa por lo menos no se empestilla en que Dios la encontrará «manífica». Ella no se las echa de pura y limpia como vosotras, ni es una cualquier cosa que quiera que la tomen por blanca palomita. También ella habla mal de sus vecinos y comadres y también le gusta lucir la pierna y el caderamen; pero si con esto hace el negocio del diablo, por lo menos no va fingiendo que todavía es servidora de Dios cuando hace eso.

Vuestra piedad, queridas hermanas, es una monería, un postizo y un engaño bobos. Forma parte de vuestra vida mundana como el *flirt*, el *bridge* o el *fox-trot*. Para vosotras la religión es una rutina y una especie de seguro contra incendios, es decir contra las llamas eternas. Unas pocas de oraciones leídas en vuestro devocionario perfumado, algunos rodillazos que destacan lo que vosotras sabéis perfectamente; y he ahí los trabajos y fatigas que pasáis para ostentar el bello nombre de cristianas.

Y si sois devotísimas y no váis a la iglesia, como al teatro, para miraros las unas a las otras y si organizáis tómbolas benéficas donde se venden escapularios y frascos de esencias y ligas muy elegantes y hasta rosarios benditos; y si fundáis un patronato de menegildas feas para ir a tanguear por esos bailes ¿creéis que esa es la caridad y que la religión es esa?... ¡Pero qué cuajo tenéis, queridas hermanas mías! ¡Y cómo se reirá Dios de esa comedia!... ¿Dónde están los cristianos verdaderos? ¿Decidme por favor dónde se encuentran para correr a escape a verlos?... Porque los que yo veo no son más que logreros, vívidores, tipos que hacen negocios. Para ellos la religión es solamente una combinación...»

Y el cura Pellegrín, inclinándose sobre el borde del púlpito, exclamó con voz furiosa:

—«¡Montón de fariseos!... Por vuestra culpa se despuebla la Iglesia y la palabra de Dios no es escuchada. Habéis transformado la religión del entusiasmo y de los sacrificios, en una alianza y una servidumbre de los espíritus más estrechos y más duros... Dios nos pi-

de la sencillez y la humildad de corazón y entre vosotros no hay más que cálculo... ¿Pero es posible que creáis—preguntaba—que la religión nacida entre las lágrimas y la sangre del Hijo de Dios, tiene algo que ver con la que vosotros practicáis?... El verdadero cristiano es el soldado de la fe, que combatiendo ha merecido que le admitan en el Cuartel de allá arriba... Y para vosotros que no habéis practicado la santa fraternidad de las trincheras, no habrá nada y no figuraréis en el gran desfile bajo el Arco de Triunfo de los elegidos...»

Inmediatamente habló el cura del infierno, pero no del organizado en siete círculos como el dantesco, sino de uno a propósito para sus oyentes, donde éstos sufrirían suplicios fenomenales. Mostró a los burgueses vanidosos que le escuchaban, lavando allí los platos sucios en las cocinas de Satanás, que volvían a llenarse de repugnantes sobras indefinidamente; a los malos jueces compareciendo a su vez ante magistrados infernales que los condenaban a millares de millones de años de prisión y a 50 pesetas de multa, entre el sarcasmo y las injurias de un público de diablillos; a las mujeres y muchachas enloquecidas por las sensualidades de sus cuerpos, convertidas en leprosas horribles y obligadas a contemplarse por los siglos de los siglos en sus armarios de luna...»

Pero estas amenazas no parecieron producir efecto alguno sobre el auditorio, y com-

prendiendo el predicador que a estos señores de la ciudad lo que les «convenía» era el infierno mismo de sus buenos feligreses de la aldea, se detuvo un instante y cambiando de tono, dijo de repente:

—«¡Ah, que por mí no quede! Si ustedes se empeñan en ser quemados, que por mí no queden... ¡que los quemen!... que los quemen!... Y seréis quemados, sí...»

Aquí empezó a hablar con suavidad, pero siempre con el mismo vocabulario; y habiendo empezado por la vindicación terminó con palabras de esperanza.

«Yo no pido, indicó, que se traguen ustedes el paquete... En realidad, lo único que pido es un poco de bondad, un poco de justicia y un poco de alma. Cuando el hombre es cristiano, nada de eso debe costarle gran trabajo, porque si no, la verdad es que no valdría la pena serlo... Con tener propósito de enmienda casi basta... Unicamente, hermanos míos, lo que hay es que tener cuidado en no rechazar el asidero que ofrezco... El esfuerzo que hagáis para alcanzarlo, será tomado en cuenta allá arriba por el Dios de los hombres que quieren tener calzones y pupila... *Amén.*»

Cuando el predicador volvió a la sacristía, bajo la mueca de censura del sacristán muy altanero, advirtió que el Cardenal, prosiguiendo el divino oficio, oraba con las manos juntas y la cabeza inclinada, semejante a los suplicantes hieráticos que se ven, tallados en piedra, en los sepulcros de otros siglos...»

JOSÉ ARGUDO

JEREZ DE LA FRONTERA

ESPECIALIDADES

Amontillado Fino ARGUDO - Oloroso ARGUDO - Coñac Extra ARGUDO

¿Por qué llamarle Sherry?

¿Por qué disfrazar a nuestro rico vino con este apelativo exótico al ofrecerlo a los mercados extranjeros? Esta pregunta me la hacía yo una tarde en Hamburgo, hace unos meses, cuando al hojear una revista vinícola alemana hirió mi vista el anuncio chillón de un «SNOLDER SILVER SHERRY» que una importante entidad de Alemania ofrecía a los comerciantes de vinos al por menor de aquel país como el artículo del día, el de más fácil venta y el que los pondría ricos en poco tiempo. Como argumento convincente tenía aquel anuncio una viñeta que representaba el despacho de un comerciante de vinos completamente inundado de hojas de pedidos que llovían de todas partes.

Algunos días después, sentado en compañía de un buen amigo, jerezano y comerciante de vinos, apurando unas copas de verdadero y riquísimo Jerez, en un atardecer triste y brumoso, contemplando la parte de paisaje gris de la pujante ciudad del Elba que encuadraba el marco de la ventana de su despacho, y discutiendo sobre el pasado, el presente y el porvenir de nuestro comercio de vinos en Alemania y la escandalosa competencia de que son objeto nuestros caldos en aquel mercado, nos hicimos la misma pregunta, pregunta que repito hoy dirigiéndome a los de casa, aprovechando la hospitalidad que me brindan las columnas de esta REVISTA DEL ATENEO, y procurando poner de relieve los perjuicios que nos ocasiona el empleo de la palabra Sherry en Alemania y otros mercados para designar el vino de Jerez.

En los primeros tiempos de nuestro negocio, cuando nuestros coterráneos no se cuidaban más que de cosechar su vino y venderlo en la localidad a comerciantes extranjeros, estaba el comercio de exportación en manos de negociantes ingleses, y éstos fueron los primeros que dieron a conocer nuestro vino en su país y en los principales mercados de Europa. Por dificultad en la pronunciación, nuestro sonoro JEREZ corrompióse en SHERRY en boca de los ingleses, y con este nombre se dieron a conocer por los mercados del mundo los caldos jerezanos.

Hora es ya, sin embargo, de que, poco a poco, prescindamos nosotros de la práctica rutinaria de seguir llamando SHERRY a nuestro vino y de facturarlo como tal. Admitamos, no obstante, el empleo de este nombre para el mercado inglés. Ello es forzoso, no sólo por-

que los comerciantes ingleses conocen bien que Sherry es el nombre de un vino de una procedencia determinada, sino también porque dado su carácter conservador y su prurito de dar a todo un nombre inglés, seguirán llamando Sherry a nuestro vino como llaman Port al Oporto, Claret al Burdeos, Burgundy al Borgoña, etc.; pero este no es el caso de los demás mercados, y hemos de procurar que, paulatinamente, vaya en ellos dándose a conocer nuestro vino bajo el nombre de «Vino de Jerez» o simplemente «Jerez».

Refiriéndome particularmente al mercado alemán, puedo decir que muy contados son los consumidores y aun los comerciantes de vinos que saben que el verdadero Sherry procede de Jerez de la Frontera. El Sherry se considera en Alemania como un vino español de postre sin características definidas, y todo el comerciante que recibe o puede preparar en su bodega un vino de color dorado, algo abocado y con 17° a 20° de alcohol, se cree con derecho a ofrecerlo al público bajo el pomposo nombre de SHERRY, y es tal el abuso que de esta denominación se hace que en las listas de precios de los comerciantes alemanes figuran, bajo el epígrafe SUDWEINE, los siguientes: Mancha Sherry (que equivale a Vino de Jerez de la Mancha), Valencia Sherry, Cádiz Sherry y Jerez Sherry. Queda, pues, comprobado que el nombre de Sherry ha perdido su acepción primitiva y que ya no se emplea, como en su origen, para distinguir el vino genuino de Jerez. En este caso, no sólo no puede servirnos dicho nombre para garantizar la procedencia de nuestro vino, sino que nos impide la persecución de las falsificaciones que a su amparo se hacen y que tanto contribuyen a la crisis porque atraviesa nuestro negocio de exportación.

Empleemos, pues, en lo futuro, en cuantos documentos usamos en nuestras transacciones con el extranjero, el nombre JEREZ, y procuremos, con una labor paciente de convencimiento cerca de los agentes, comerciantes y consumidores de nuestro vino en el extranjero, que sea nuestra querida ciudad la que dé el nombre a sus vinos en todo el mundo, como lo dan Burdeos, Málaga y Madeira a los suyos, y las demás ciudades, cabezas de regiones vinícolas, a los productos de su suelo.

Solo entonces podremos perseguir eficazmente a la legión de falsificadores que hace estéril en mercados importantes del extranjero la labor que por espacio de tantos años hemos desarrollado para dar fama a nuestros

vinos. En lo que se refiere al mercado alemán, nuestro Gobierno ha dado el primer paso consiguiendo, en el reciente tratado, derechos reducidos para el vino de Jerez de legítima procedencia; esto no es más que la primera piedra, pero no podremos llegar a construir el edificio de prosperidad que todos anhelamos si a la acción del Gobierno no acompaña la buena voluntad y el esfuerzo de los exportadores interesados en cuestión de tan vital importancia.

VICTORIANO ROMERO.

CUARTILLAS POSTALES

IV.

HAY quienes afirman que al Correo, de poco tiempo a esta parte, se le reconoce su importancia, como lo prueba la construcción del Palacio de Comunicaciones en Madrid, verdaderamente suntuoso, y los otros muchos que se construyen en varias localidades.

En efecto, se le va reconociendo importancia a un aspecto del Correo, a su instalación en las poblaciones. En Madrid era imprescindible; no podían continuar los servicios en el viejo caserón de la calle de Carretas. Mas, en general, se le da lugar preeminente a lo que no le corresponde. Muy bien que dispongamos de magníficas casas de correos, pero, al propio tiempo, hay que construir coches para Estafetas-ambulantes y establecer éstas con las debidas garantías para el desempeño de su cometido.

Porque el fundamento del Correo son las Estafetas-ambulantes, que están montadas a merced de los intereses, de las conveniencias de las Compañías de ferrocarriles.

Veamos lo que, a este propósito, ocurre en Jerez.

La expedición del exprés descendente sale de Madrid en un coche-correo del Estado, a cargo de Oficiales del Cuerpo. Al llegar a la estación de San Jerónimo, se trasborda al tren de la Compañía de los Andaluces y, como esta Compañía no quiere que su exprés entre San Jerónimo y Cádiz arrastre un vagón especial de Correos, que supone una unidad más, cede al servicio postal una pequeña parte del furgón de equipajes, *una tira*, que va de puerta a puerta. No es posible, claro es, meter la expedición en ese pequeño recinto, donde apenas pueden moverse los dos ambulantes. ¿Qué hacer para solucionar el problema? Muy sencillo; todo lo que no haya de manipularse en este trayecto meterlo en el furgón, en el sitio destinado a los baules, y confiados a los empleados del tren.

El exprés pára aquí cinco minutos y, mien-

tras el Oficial de estación de esta Oficina cambia con los ambulantes, firmando, entregando y recibiendo, los Ordenanzas suben a buscar—esa es la palabra exacta—sacas y paquetes, entre los equipajes. No es extraño que luego se note la falta de una o más sacas o paquetes, que *se han pasado*.

El que se pasen sacas o paquetes origina que lleguen las cartas y periódicos con bastante retraso a los destinatarios. Cuando en Cádiz se desocupa por completo el furgón, aparece la correspondencia que se pasó, debajo de baules, maletas y sombrereras. En el exprés ascendente, se reexpide esa correspondencia a Jerez.

¿Habrá que decir los trastornos que estos hechos proporcionan? Muchos de los que lean estas líneas recordarán *su caso*, sus protestas y mis explicaciones.

Y si lo que se pasa no es para Jerez, sino para su tránsito, para los pueblos de la Sierra, el retraso es de veinticuatro horas, porque pierde su enlace con la conducción. Si se trata de paquetes de prensa para la venta pierden además su actualidad y suelen ser devueltos, sin abrir, a la empresa periodística que los haya remitido. ¿Para qué ha de tomarlos el corresponsal si sabe que no ha de venderlos?



Ello obedece a la carencia de coche-correo donde pueda venir la correspondencia perfectamente acondicionada y a que se haya suprimido el que los jefes de estación no den salida a los trenes sin que los ambulantes toquen su campana. A los jefes de estación ya no les importa que el correo haya terminado o no las operaciones de recepción y entrega; dan la salida a los trenes, pase lo que pase. Así se explica que se vaya hasta la estación inmediata un Oficial o un Ordenanza, por no atreverse a bajar en marcha.

Si eso no ocurre a menudo en Jerez es porque los Jefes de esta estación—¡Dios se lo pague!—guardan muchas consideraciones al Correo, consideraciones por las que quizás contraigan alguna responsabilidad... Por eso son más merecedores de gratitud.



Supongamos que en Jerez se construye una preciosa Casa de Correos y Telégrafos, un palacio, y que las cartas se pasan con bastante frecuencia. ¿Qué dirían los perjudicados? Dirían, y con razón, que les parecía muy mal un Palacio de Comunicaciones *incomunicado* o comunicado sin completa normalidad.

Y sería el colmo si los hilos de telégrafos eran viejos, los aparatos defectuosos y no funcionaban con regularidad perfecta.

Es preferible, a los lujos locales, que el Correo se asiente con la precisa solidez, que sus medios esenciales, los del transporte de la correspondencia, no actúen de precario, a

prueba de todos los desdenes de las Compañías ferroviarias y del Estado mismo.



No resisto a la tentación de narrar un desdichado suceso, que pone de relieve la preferencia de lo superfluo a lo fundamental.

Hace unos años, el servicio de ambulantes en los expresos de Madrid a Sevilla y de Madrid a Barcelona se hacía en un departamento del furgón de equipajes. La composición del tren era: una máquina enorme, el furgón, pequeño, de cuatro ruedas, mitad correo, y detrás los coches grandes, larguísimo, de camas, restaurant, y de viajeros en 1.^a clase. Con sólo echar una ojeada a todo el tren, se percataba cualquiera de la catástrofe horrorosa en el furgón, con solo que la máquina parase de repente. El furgón quedaria, irremediablemente, aplastado.

Los ambulantes protestaron, hicieron ver el peligro que corrían. No se les hizo caso. Convencidos de que aquella enormidad «no tenía remedio», se limitaban a llamar a tales vagones *los vagones de la muerte*.

Y una noche, el maquinista Montero se hizo célebre por su heroísmo, muriendo en Villaverde, cuando al dar contravapor exclamaba: —«Me mato por salvar el tren». Se mató, salvó el tren y... mató a los dos ambulantes.

Esto último no merma el heroísmo del maquinista Montero; no, no se le puede achacar culpa alguna. Sucedió lo que estaba previsto; entre la máquina poderosa y los grandes coches, el furgón se hizo astillas, casi no dejó huella, al encontronazo...



Unas veinticuatro horas después, por la soberbia, por la maravillosa escalera del Palacio de Comunicaciones, subíamos en hombros—yo ayudé a subir a uno de ellos—los cadáveres de los desgraciados compañeros, destrozados, ennegrecidos... La capilla ardiente, en el gran salón, estaba espléndida, regia. No faltó extremado lujo dentro del Correo para los que perecieron también dentro del Correo, en un vagón sin seguridad alguna, en uno de los que se venían llamando, con dejo de amargura, *vagones de la muerte*.



Pues, al siguiente día de la catástrofe, se formaron los dos expresos en la estación del Mediodía, con los *vagones de la muerte*.

¿Cabe un desprecio mayor para el Correo y para sus servidores?

El Conde de Colomby, Director de Correos entonces, se negó rotundamente a que se metieran en ellos los ambulantes.

¡Era ya demasiado!...

SERAFÍN OCÓN.

N. del A. Escrito este artículo, me enteré de que van a enganchar coches correos al expés entre San Jerónimo y Cádiz.

El problema del riego

CON los títulos que después se reproducen, y con el comentario previo que antecede a todo él, ha publicado el respetable periódico local *El Guadalete*, el escrito que es muy grato para la REVISTA DEL ATENEO insertar a continuación:

"EL PANTANO DEL GUADALCACÍN

La transformación de la zona regable.

Recientemente celebró sesión la Junta de Riegos del Pantano del Guadalcaçin. Presidió el acto nuestro distinguido amigo D. Tomás Díez, quien hizo un historiado interesantísimo de las gestiones realizadas durante el año anterior para dar comienzo a la transformación que forzosamente ha de sufrir la zona regable con el procedimiento de cultivo que han de imponer las aguas del Pantano.

Reproducimos a continuación lo expuesto por el Sr. Díez, ya que ello supone una esperanza alentadora e indica que la Junta de Riegos se preocupa del problema que en plazo cada vez más próximo planteará el sistema que la realidad se encargará de imponer:

SEÑORES:

Saludo a Vdes. desde este sitio que no me corresponde, pero que ocupo interinamente por obediencia y por la voluntad de vosotros mientras no nombréis un presidente definitivo de condiciones parecidas a mi antecesor, cuya ausencia tanto echamos de menos siempre, y más en estos momentos, y cuya renuncia debemos sostener como el año anterior que no sea aceptada. El pasó todos los sinsabores que trae consigo una obra nueva, desconocida para nosotros, preñada de dudas y amenazadora de gastos y sacrificios. En cambio, por suerte mía, me toca presidir esta Junta de propietarios ya convencidos,

llenos de fe y entusiasmo por la obra y por la prosperidad de su zona de riego.

Obligado estoy a molestaros unos momentos antes de entrar en los puntos anotados en la convocatoria para daros a conocer, no la parte técnica de los trabajos llevados a cabo, que eso con mejor palabra y cifras precisas lo hará nuestro insigne director Sr. Goded, sino la parte práctica, la que después de hecha la presa, sifones, túneles y canales, tiene que resolver el propietario por sí solo para que la tierra le devuelva los sacrificios hechos hasta el día y los que habrá que hacer el de mañana.

En vuestra vasta empresa pasó el invierno crudo y sombrío y vamos a entrar en una primavera cuajada de ilusiones, que muy pronto serán efectivas realidades para la clase obrera y los propietarios.

Es ley en física, que un cuerpo para salir del reposo necesita vencer su gran fuerza de inercia; pues bien, para pasar del sistema de secano al de regadío, esta fuerza que hay que vencer para iniciar su movimiento, estoy seguro que habría que elevarla a la quinta potencia, y me quedo corto, debido al coeficiente tan grande que da el desconocimiento del cultivo intensivo, en los interesados de una zona nueva. Me explicaré:

Las diversas clases de negocios de Jerez hacen que por medio de sus viajantes vendedores esté en íntimo contacto con toda España, y por su producción de ganados muy especialmente con aquellas regiones regantes de Valencia, Murcia, Aragón y Granada, donde los recreían. Entendíamos por tanto que sus pantanos y sus fértiles vegas ofrecidas al cultivo del riego, serían conocidas y solicitadísimas por aquéllos que del riego viven, con el riego se han enriquecido y que por falta de tierras se ven obligados a dividir entre sus hijos parcelas insignificantes en cuanto a su tamaño. ¡Grave error nuestro!

A los que se les daban datos y detalles que creíamos les interesaban por ser personas entendidas en riegos, con-

testaban que teníamos una riqueza inmensa, colosal, pero que a ellos no les interesaba; ofrecíamos monedas de cinco duros por dos, sin que vinieran a recogerlas. ¡La fuerza de la inercia!

Se comprende que en negocio de minas, por ejemplo, los hombres duden de la riqueza que se les asegura existe a 1.500 metros bajo tierra y tiren al cesto de los papeles el folleto y el anuncio; pero esa indiferencia ante factores que están a la vista, que son tangibles, como la tierra fértil cual ninguna, la luz y calor de nuestro clima y los millones de metros cúbicos que se ven en nuestro embalse no debieran ofrecer la más ligera duda, y sin embargo existe. Es más, conocimos un regante de Lora del Río, esta primavera, a quien le ofrecíamos tierras, y después de escucharnos con marcado interés, nos dijo que él no había hecho proposiciones porque le aseguraban que el embalse estaba seco, que había sido una obra desgraciada y se filtraba el agua.

Sin comentarios.

Entonces, este mismo verano, la Junta de Riegos repartió profusamente fotografías con cifras y datos solicitando colonos en las diferentes regiones de España, siendo contestado alguno que otro con atento besalamano, acusando recibo y nada más.

De Zaragoza, por nuestra solicitud y gastos pagados, vino un Sr. Ojeda, peritísimo en riegos, para que por sus propios ojos conociera nuestros campos y facilitase colonos que tomasen en arriendo las tierras, y a los diez años les reconoceríamos derechos al plus-valía de compra, etc., etc. Es inútil, nos contestó, en esa forma que reconozco muy ventajosa, no vienen, no pueden venir nuestros obreros. El sistema corriente allí es de parcerías, con auxilio de efectivo, simientes, abonos, etc., por el propietario. Hizo proposiciones a base de ese sistema que la Junta tiene en estudio a disposición de los propietarios.

A tan activa propaganda, sólo un obrero del pequeño pueblo de Trasmu-

las (Granada) pidió por carta condiciones de arriendo en 11 de Diciembre y contestada por mí que disponía de 12 hectáreas motoaradas en el verano por un 80 HP, marca *Praga*; hemos llegado a una inteligencia en forma de parceria y facilidades para el colono, único sistema que considero viable.

Desde 1.º de Febrero trabajan nueve hectáreas tres hombres; tengo que hacerles casas para que traigan a sus familias; no quieren chozas, sino casa pequeña con mucho corral; parecen contentos y confían en buen resultado para más adelante.

Aseguran que si sus propietarios motoaran en Julio y Agosto y levantan algunas casitas, el próximo año todos los vecinos de Trasmulas los veremos trabajando en las vegas jerezanas.

Estoy convencido de que la mejor propaganda es la de los mismos obreros y quiera Dios que este primer paso, este ensayo con tres hombres expertos y encallecidos en las faenas de riego, tenga éxito y la tierra remunere debidamente sus trabajos y resolución de venir a nuestra zona, que seguros estamos que otros muchos seguirán su ejemplo y que vencida la inercia, derretido el hielo, sean muchos los propietarios que este verano motoaren sus tierras profundamente.

También D. Juan Reyes, colono de Casa Blanca, regará este año parte del haza de la *Misericordia*, motoarada en el verano y sembrará maíz, con personal suyo.

Me dicen los granadinos que el conde de Xiquena, que es allí dueño de grandes extensiones, motoara en verano X hectáreas que divide luego en majales (cuadras de 27'50 por 27'50 metros) y sólo con esta preparación vienen luego los obreros y le toman con renta anticipada 10, 20 o 200 majales al precio desde 15 a 60 pesetas, según clases y comodidades. Claro que nuestro caso no es igual hoy por hoy. Nos falta la fábrica de azúcar que se instalará mañana.

En remolacha cada majal les rinde de 110 a 140 pesetas, que son 2.000 pesetas de utilidad por hectárea en una sola cosecha y pueden sacar más de dos al año en semillas diferentes. Mi humilde opinión, que quisiera fuese escuchada por los propietarios que tienen los canales terminados, es motoarar en verano y hacer una pequeña casa. Que se presenten colonos en Octubre con buenas referencias, hacer parcerías con ellos; que fuesen muchos por ser grande la parcela, multiplicar la vivienda; que no se presenten colonos, que el arrendatario del cortijo abone el todo o parte del terreno motoarado, que bien lo vale. No haciéndolo este verano perderéis un año.

Tengo que terminar con una nota desagradable en extremo.

La Comisaría algodonera del Estado, con un presupuesto disponible de diez millones de pesetas, propuso poner en nuestra zona un semillero de 50 hectáreas; se le ofrecieron terrenos cedidos incondicionalmente por D. Francisco Lizaur, marqués del Mérito y condes de Bustillo y de los Andes; su delegado general nos dió conferencias, nombró personal delegado, visitó los terrenos y después de tres meses contestó de oficio que no reunían condiciones nuestras tierras.

Cada cual que haga los comentarios que le parezca.

Hay ya en el Pantano quien ha tenido decisión de venir a nuestra zona; seguros estamos que otros y otros seguirán su ejemplo y que rota la inercia, derretido el hielo, sean muchos los propietarios que este verano empiecen la preparación de sus vegas motoarando profundamente en Julio y Agosto.

Los que deseen seguir con interés este primer ensayo que pasen por la Junta de los Ríos y en el haza de la *Cava*, propiedad del señor conde de Bustillo, encontrarán a los cuatro granadinos empezando sus trabajos.»

Decíamos que nos era grato insertar el escrito que antecede, y ahora agregamos que lo dicho expresamente y lo indicado en él, revela bien a las claras la importancia que se va reconociendo al asunto. Se ha dicho siempre que plantear bien un problema equivale a resolverlo, y en el escrito preinserto, que encontramos muy bien redactado y sinceramente discurrido, creemos advertir ya indicios y tendencias interesantes que facilitarán el desenlace inexcusable y deseado. En tal inteligencia, la REVISTA DEL ATENEO se complacerá sobremanera publicando cuantos pareceres oportunos y adecuados se le envíen, para la solución del importantísimo problema.



*Sociedad Jerezana Cooperativa
de Consumo*

Ventas efectuadas durante el mes de Febrero:

Mercaderías	33.940'09
Zapatería	9.986'90

Total, ptas. 43.926'99

*Asociación Cooperativa de la Colonia
Agrícola de Caulina.*

Ventas en el mes de Febrero:

Almacén de Vestuario	171'00
» de Comestibles	1.264'56
Préstamos a los Colonos	1.432'15

VINOS Y COÑAC



TRAFALGAR 1805 - FINO RIVERO - CAVEZA 1770
VIEJO OLOROSO C Z

EL LIBRO DEL MES

M. CIGES APARICIO.—*El juez que perdió la conciencia.*—Novela—Editorial Mundo Latino.—Madrid, 1925.

«El autor de esta desordenada historia se siente cansado, agotado y difuso...» Tales son las palabras con que empieza el capítulo XIX—*Un desenlace inesperado*—, último o terminal del libro que el señor Ciges Aparicio ha publicado en el próximo pasado mes. Si el autor se siente como él dice ¿se incurrirá en desacato crítico preguntándonos por lo que, terminada la lectura, le ocurrirá al lector?—Ha leído atentamente 300 páginas, ha esperado hallar un deleite artístico en la ficción del relato, que fuese como voz de realidades pulcramente filtradas en una modulación emocional, o de ser de aventuras la anécdota, que hubiese en ella, si dramática, la insinuación o el estallido de un interés universal, y si cómica o burlesca, el agrado tónico de sanas risas, ya que no la finura, tan difícil y selecta, del humorismo que, a través muchas veces de interior congoja, nos hace sonreír—en lo cual está el encanto y toda la eficacia misteriosa de su mágica virtud.

Pero nada de eso le ocurre, con la lectura del libro del señor Ciges Aparicio, al misero lector. Ha tenido éste, por ser hombre de alguna curiosidad libresca, especialísimo cuidado en no olvidar que no es una pluma cualquiera la que ha escrito el libro que ha resuelto leer atentamente para, con arreglo a la medida de su conciencia y la flaqueza de sus medios, conseguir apreciarlo en su valor aproximado, como creación artística y repertorio documental.

Es el señor Ciges verdaderamente un escritor de alta importancia. En el periodismo español hay muy pocos que se le asemejen o igualen, cuando trata en artículos de política internacional, los

más intrincados temas. Sabe de todo cuanto ocurre en el planeta donde homínuculos y grandes hombres, partidos innumerables, variadísimas sectas y naciones, nos dan a entender que hay un retablo en que se representa la función de la política del mundo, y el señor Ciges nos va contando lo que pasa y el significado de lo ya ocurrido y de lo que quizás ocurrirá, según los datos que se ha procurado y conforme a las intuiciones que le depara su experiencia de hombre de grandísimo talento, que es sin duda escritor de terso estilo, decorado en general por una cultura de mucha extensión y solidez, tal vez algo árida, pero siempre entonada por cierto acento solemne de doctrinaria autoridad.

Si entre los modelos extranjeros—Recouly o Saint-Brice, por ejemplo—buscáramos equivalencias con que graduar las aptitudes y la preparación, para tal menester de importantísima y ardua colaboración en un periódico moderno, que se advierten en el señor Ciges Aparicio, no resultaría éste por cierto achicado o disminuído en la sagacidad crítica, ni en el sentido y percepción de las verdaderas actualidades de la política mundial, ni tampoco, finalmente, en el sabor de ciertas salsas de picaresmo diplomático, que a lo mejor o lo peor, son los resortes de laberínticos secretos de Estado, que los profanos o el vulgo ignorante, no llegamos a sospechar.

Quedamos, pues, si no son equivocadas o imaginativas, como seguramente son de poca importancia o de ninguna autoridad, estas apreciaciones nuestras, en que aquí se considera al señor Ciges Aparicio con la reverencia que se le debe por sus méritos de escritor, si se atiende sobre todo a las dificultades de

la especialidad periodística en que se ha llegado a distinguir por calidades innegables y por su adecuada preparación.

Cuanto se refiere a la personalidad del señor Ciges Aparicio en tal aspecto, queda a salvo cordialmente. Lo que nos incumbe ahora es decirle con sinceridad cortés lo que pensamos de su novela, lo que se nos ofrece ante el arte con que está compuesta, y cómo y por qué nos desplace en ella, por desgracia, su sentido general, según el testimonio, deficiente desde luego, de nuestra sensibilidad, que antes se complace en el encomio que en la censura y el desdén.



Algún crítico importante, comentarista y asesor muy acreditado de las actualidades y aspectos de la vida literaria española, ha utilizado una cierta evasiva estratégica al referirse a la novela *El juez que perdió su conciencia*. Se abstiene de decir lo que le parece la novela misma, y después de mencionarla, recordando al paso algunos libros anteriores del autor, enhebra su artículo de comentarios con unas cuantas observaciones, sin duda alguna discretísimas, acerca de la actitud en que se colocan quienes por no sentir amor alguno hacia los métodos políticos modernos, se dedican con fruición a elaborar el catálogo de sus corrupciones, para darnos la impresión, pero sin declararla abiertamente, de que todo en ellos ha sido, es y será, fracaso, mixtificación, imposibilidad y farsa, definitiva demencia o desastrosa estupidez.

De las intenciones del señor Ciges Aparicio no es lícito juzgar aquí. Su obra se refiere al juez que, inopinadamente, después de obtener la excedencia en su carrera, es inducido y déjase inducir, pero con ingenuidad que aventaja a la del chorlito más incauto, para afrontar la lucha electoral política. Supónese, a partir de ese punto, que toda la conciencia jurídica del candidato flamante sufre crisis tan grave que hasta llega a perderla, como si en efecto la hubiese

tenido desde el instante en que aceptó ir a esa lucha sin temperamento político definido, ni convicción de un ideario determinado de gobierno, que preservase su alma de todo escepticismo, cualesquiera que fuesen las impurezas electorales y las salvajes conflagraciones o burdas aventuras de los electores y padrones de la elección.

Claro está que cuanto nos refiere el señor Ciges Aparicio es de innegable exactitud. También es evidente que la imbecilidad de las luchas electorales de ese jaez, no tiene disculpa decorosa ni siquiera en el caso de grados inferiores de civilización social, donde así el que vende como el que compra el voto, nada tienen que reprocharse, si es verdad que el que peca por la paga no se diferencia, según se dijo en versos célebres,

del que paga por pecar.

Pero es el caso que el señor Ciges Aparicio, como lo revela bien el título de su novela, después de apuntar en él claramente el sentido dramático de su composición, nos lo comunica tan sólo al describirnos la pesadilla de su protagonista Marsán, en las líneas, o poco más, que siguen copiadas a continuación:

«El sueño no vino a él hasta el alba, y las primeras horas del día fueron un largo ensueño pesadoso... Lo que a él preocupa es inquirir lo que se le ha olvidado o perdido en aquellos andurriales políticos. ¿Que se ha gastado un millón en elecciones? Señor mío, es usted un imbécil. ¡Duque, tan necio es usted como su hermano! ¿De veras me buscó usted, señor presidente? Bueno, ya hablaremos más despacio; lo que ahora me importa es buscar algo que me falta. ¡Pobre gente, y cómo la atropella el cacique! ¡Bellaco, os facturaremos en un furgón de ganado y aun añadiremos algunos reales para el pienso, aunque lo mejor sería que el veterinario del pueblo operase a tu mujer! Y a usted, impertinente señorita de los mostachos y de las ancas anchas, le daremos lo

que pida, si se compromete a dejarme tranquilo para averiguar lo que me falta...

¿Qué le falta a Marsán?

Tres horas pasa su espíritu en estas cavilaciones. Al fin se palpa; entre sueños recuerda... ¿Es la conciencia lo que se le ha extraviado en aquellos andurriales políticos?

¿Y cuál es la causa de que esto no nos conmueva? A nuestro parecer consiste en que el personaje que ha sufrido tan grave detrimento de su personalidad, no ha sido forjado por su creador con la fuerte individualidad que era indispensable, para que puestas en juego su inteligencia poderosa, su voluntad inquebrantable o la recia fibra de su corazón magnánimo, el choque de la primera con la barbarie política, el de la segunda con los fraudes de las bellaquerías electorales, y la indignación o el tedio que envenenase la sangre circulante por el último, le hubiesen convertido de pelele inconsciente que va de tumbo en tumbo a lo largo de toda la obra, en héroe que por la intensidad de su pasión captase nuestra curiosidad o simpatía, identificándonos con su tristeza o con su odio, con su triunfo o su derrota, placentera o tristemente, para ser en atmósfera poética de arte—que tal es su milagro—, unos con él.

De ahí que todo en la novela, si nuestra apreciación no es infundada, lejos de cautivarnos, ni nos distraiga ni nos llegue a conmover en caso alguno.

Se acumulan los personajes secundarios, se enmarañan los enredos, se entremezclan los incidentes, se nos muestran viñetas pintorescas, nos mareamos en confusiones de nombres, vamos y venimos y volvemos... En cualquiera página encontramos una dicción correcta, pero en ninguna la combinación de datos constructivos de escenas coherentes, ni mucho menos la selección hábil de indicaciones parasitarias, que convierten en tumulto de siluetas lo que debiera ser acción precisa, organizada

con fluencia de notaciones vitales, hilos de seda o metálicos alambres conductores de emoción.

La sequedad del rasgo—por sí sólo y aisladamente feliz—la difusa facundia, la impresión extraña que nos produce esta actitud de autor, que con todas sus facultades de escritor excelente, nos figuramos que escribe la obra con displancia y antipatía, hacia el tema de ella misma, llevándole a decir cuando concluye la obra que ha compuesto que es «desordenada» y que «se siente cansado, agotado y difuso...»; vienen a ser los motivos que producen en el lector idénticos efectos y obligan a declarar que, al menos en esto, nos encontramos de acuerdo con el autor.

Tal es éste, que si *verdaderamente* hubiese querido escribir una novela—la suya titulada *Villavieja*, si lo es—, la habría escrito con un aliento y sobriedad de pormenores, que por abundar ahora hasta el punto de que sobran, nos cortan, según se dice, la respiración.

En estos instantes mismos, llega a nuestras manos un magnífico libro del académico francés Henri Lavedan, y en el episodio titulado *Madame Lesoir*, encontramos una definición de lo que ha de ser la novela, que nos parece pertinente, tratándose del señor Ciges Aparicio, muy versado en lecturas extranjeras, reproducirlo en su texto original, que dice así:

—Le roman... mais c'est la vie. C'est vous, c'est moi, c'est nous, c'est tous les jours, partout, ce qui arrive, tout ce qu'il y a d'épatant, *que les gens ne voient pas, qui vaut la peine, et qu'on raconte quand on a les dons.*

Lo que se cuenta cuando para ello hay aptitudes y sal. Lo que las gentes no ven y vale la pena... ¿No es una lástima que siendo quien es el señor Ciges Aparicio, haya malgastado en este caso su abundante entendimiento, sin lograr para él, como otras veces supo, un grano, siquiera fuese minúsculo, de sal?...

MANUEL GUERRERO Y C.^A

JEREZ

ALMACENISTAS Y EXPORTADORES DE VINOS

Fabricantes de Coñac.

EXPORTACIÓN A TODOS LOS PAÍSES

Vinos Finos, Quinado

Y COÑAC

Garvey

JEREZ



Casa fundada en 1780

APERITIVO

MONJA QUINA

□ □ □

Cayetano del Pino

Sucesor de C. del Pino y Compañía

VINOS Y COÑACS

Jerez de la Frontera



REAL TESORO

JEREZ Y COÑAC

PEDRO DOMECQ

VINOS Y COÑACS

— CASA FUNDADA EN 1730 —



JEREZ DE LA FRONTERA

VINOS Y COÑAC

PEMARTÍN

J. SANTAMARÍA Y C.ª, S. EN C.

JEREZ DE LA FRONTERA

COÑACS
Valdespino

*** · **FLB** · Extra = Feudal · 1850

JEREZ

Gran Premio · Madrid · 1907 =

AMONTILLADO



(MARCA REGISTRADA)

